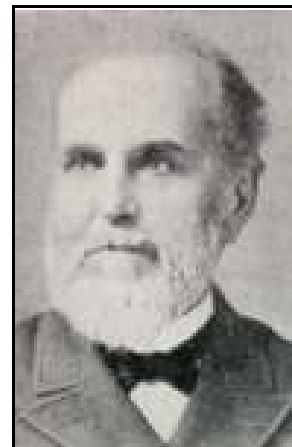


# Milagros del Espíritu Santo

*por Daniel Steele*

*De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también: Y aun mayores hará, porque yo voy al Padre. Juan 14:12*



**Dr. Daniel Steele**  
(1824-1914)

Con frecuencia se pregunta, ¿Qué son las obras mayores que los creyentes en Cristo pueden hacer? Esta promesa maravillosa se encuentra en el discurso consolatorio que Cristo pronunció pocos días antes de su muerte. Jesús impartía a los suyos estímulo, consuelo y esperanza prometiéndoles el Paracletos a quien después de su resurrección, les había de enviar. Sus obras entonces habrían de ser aún más maravillosas que los milagros físicos del mismo Jesucristo. Esto se declara en Juan 14:12-17. La siguiente cita de la versión del Dr. Campbell es interesante especialmente por su puntuación. (Téngase presente que en el original no hubo puntuación.) “El que en mí cree, las obras que yo hago, él también las hará; y aun mayores hará; porque yo voy al Padre, y todo lo que pidieres al Padre en mi nombre lo haré. Para que el Padre sea glorificado en el Hijo, todo lo que pidieres en mi nombre, yo lo haré”. Conviene notar que estas obras mayores, esta continuación de lo sobrenatural durante la época apostólica, no es privilegio exclusivo de los apóstoles, sino es para cada persona, por humilde que sea, que crea en Cristo. Además estas obras mayores se hacen por Jesús, el glorificado sentado en su trono, en respuesta a la fe de los suyos. Inmediatamente declara que era el mismo quien había de hacer estas obras mayores que los suyos habían de hacer. Esto que aparenta ser contradicción, él explica en sus palabras en seguida: “Si me amáis, guardad mis mandamientos y yo rogaré al Padre y él os dará otro Consolador (Instructor) que permanecerá con vosotros para siempre, el Espíritu de verdad”. Este “consolador, Instructor, Ayudador o Abogado (que en griego se llama Paracletos)” será el agente divino enviado desde los cielos para hacer estos milagros mayores a través de los creyentes en Cristo.

Estas verdades nos llevan a considerar más de cerca los milagros del Espíritu Santo del Antiguo Testamento tales como en el caso de Ezequiel quien nos dice: “El Espíritu me levantó y me tomó”. La misma manifestación del poder sobrenatural del Espíritu Santo la experimentó Felipe cuando “el Espíritu del Señor arrebató a Felipe; y el eunuco no le vio más”. La promesa que estamos considerando ahora no tiene que ver con milagros en el modo de pensar, en la renovación del alma humana, llamada “el nacimiento de arriba”, “el nuevo nacimiento” “la resurrección del alma muerta”, “la nueva creación”. Este milagro espiritual es mayor que cualquier milagro que Cristo hizo en el reino físico antes de su muerte. Consideremos las razones por esta declaración:

Los milagros físicos eran temporales en sus efectos. Las personas sanadas se volvieron a enfermar y murieron dentro de pocos años. Las multitudes alimentadas con los panes y pececillos volvieron a tener hambre aun dentro de pocas horas. Los ojos de los ciegos, abiertos a la palabra de Jesús se oscurecieron de nuevo por las sombras de la tumba. La lengua del mudo, suelta por el Hijo

del Hombre se enmudeció de nuevo con el toque de la muerte. Pero los milagros efectuados en la transformación del alma, perduran eternamente. La vida eterna está al alcance del libre albedrío de aquel que cree en Cristo. Jesús sanó el cuerpo para el tiempo; el Espíritu sana el alma eternamente. “Aparentemente la sanidad de un leproso es mayor que la renovación del alma poro en realidad, en comparación, es muy insignificativo” (Joseph Parker).

Los resultados de los milagros espirituales son mucho más valerosos. La mente vale más que la materia. Por lo tanto ministrar “a una mente enferma y sacar de la memoria una tristeza muy arraigada” es un hecho de naturaleza superior y de valor mucho mayor. Por esta razón Cristo mismo no puso en lugar de primera importancia los milagros físicos como sus credenciales, y el hecho del caso es que los milagros físicos de Cristo apenas se mencionan en las escrituras apostólicas. Pedro, que había sido testigo de todos, los menciona una sola vez, y esto cuando los asesinos del Señor en Jerusalén, gente del vulgo, personas incapaces de apreciar la más alta prueba de Cristo como el Mesías, les dijo: “**Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales**”. San Pablo pone el más alto aprecio a los milagros espirituales que Dios obra por medio del Espíritu Santo en la regeneración del alma. Para Pablo, el resplandor de la luz divina en el corazón que imparte el conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo, era un hecho aún mayor que el resplandor que iluminó el mundo el primer día de la creación. (II Corintios 4:6).

Transformar un espíritu de muerte a vida, y de pecado a santidad, requiere mayor poder que cualquier cambio efectuando en el mundo físico. El espíritu humano es una personalidad que manda y dispone, capaz aun de resistir la omnipotencia divina. La omnipotencia que no conoce impedimentos o limitaciones en el reino físico, se halla restringido en su obra con el espíritu humano. Pecado en el alma humana no se puede deshacer aun con el poderosos martillo físico de Dios. Dios puede transformar la materia inerte de acuerdo con su voluntad, pero es; incapaz de regenerar al caprichudo ser humano; sin embargo, hallando la voluntad humana despueta, él manifiesta al universo asombrado “la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos”. De manera que la época de los milagros más notables, actualmente se encuentra en el mero cenit de su gloria. Estos milagros se ven en toda la tierra donde es predicada en fe el bendito evangelio. Hace poco la ciudad de Boston fue testiga de la transformación de un famoso ladrón y borracho en un misionero al Congo de África Ecuatorial. Rescatado de la vida asquerosa y vil que él pasaba en los barrios más bajos y sucios de la ciudad, en una humilde capilla evangélica de la ciudad esa persona fue convertida. Inmediatamente se dirigió por carta al gobernador del estado de Maryland, escena de sus muchos crímenes, ofreciendo al gobernador, presentarse delante cualquier tribunal como testigo contra sí mismo y ser sentenciado a la penitenciaría. Cuando el gobernador no lo pidió, entonces el perdonado criminal se dispuso ir al clima malsano y enfermizo de África, para predicar a Cristo, poderoso para salvar. Cuando un orgulloso Brahmán de la casta sacerdotal de la India, habiendo recibido “la verdad tal como está en Jesús”, en la hora de la Santa Cena, da la diestra en señal de compañerismo al más vil de la casta de los intocables, se ha efectuado un milagro más grande que la sanidad de un cojo o la resurrección de un muerto. Escribir la ley de Dios en los corazones de las bandas de ladrones en la India, tal como el Espíritu Santo ha hecho por el ministerio de sus fieles misioneros, transformándoles en hijos de Dios, es mayor que llenar el firmamento con estrellas. “En lugar de la zarza crecerá el ciprés, . . . Y será a Jehová nombre por señal eterna que nunca será raída”. Los milagros espirituales que producen la completa regeneración de hombres malvados y depravados, son la prueba perdurable de la divinidad del Espíritu Santo. La regeneración, coronada por la santificación entera del alma una vez muerta en pecado, que antes

amaba lo que Dios odiaba y odiaba lo que Dios amaba, es el milagro supremo del Espíritu Santo, retratado por el Apóstol Pablo: “Fornicarios, idólatras, adúlteros, afeminados, los que se echan con varones, ladrones, avaros, borrachos, maldicientes, estafadores no heredarán el reino de Dios”. ¡Qué galería de pícaros y viles es esta que Pablo pinta!, banda de criminales tan viles como cualquiera que jamás llenó alguna cárcel. ¿Qué podría el Espíritu Santo hacer con ellos más que abandonarlos? Pero, ¡un momento! Sigamos leyendo. “Y esto eráis algunos: mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios” (véase I Corintios 6:9-11). El Paracleto les había transformado a todos en una compañía de santos cada uno de los cuales llevaba la imagen de Cristo y eran candidatos para ser promovidos a sentarse sobre tronos al lado de los arcángeles. Hombres perversos habían sido transformados en hombres santos, milagros de milagros, obras mayores prometidas por Cristo en Juan 14:12.